

Alejandro Portes: la teoría de la racionalidad poblacional y el movimiento de pobladores en los largos sesenta chilenos*

Rodrigo Millán¹

Recibido: 08 de noviembre, 2017

Aceptado: 08 de diciembre, 2017

RESUMEN

El presente trabajo revisita la tesis doctoral del sociólogo Alejandro Portes, desarrollada a finales de la década de 1960 en cuatro poblaciones de la periferia de Santiago de Chile. Buscando comprender el explosivo proceso de urbanización y movilización popular latinoamericano, Portes centra su trabajo en el análisis de las actitudes y disposiciones políticas de los pobladores, agentes centrales en la demandas por suelo y vivienda. A contracorriente de varias de las teorías de la época, Portes discute la acción política del movimiento de pobladores orientada al logro de metas de mediano plazo, desestimando un esencialismo revolucionario o un determinismo marcado por una subcultura de la pobreza. El artículo propone entender al sociólogo como un receptor creativo de la teoría de la acción racional weberiana. Además, reflexiona sobre las posibilidades de utilizar las estrategias de análisis de Portes para discutir las expresiones actuales del movimiento de pobladores en Chile.

Palabras clave | *Movimientos sociales; Movimiento de pobladores; Santiago; Teoría sociológica; Vivienda.*

¹ Sociólogo, Planificador Urbano y Candidato a Doctor en Historia de la Arquitectura y del Urbanismo Facultad de Arquitectura e Urbanismo Universidade de São Paulo (FAUUSP). Correo electrónico: rodrigo.millan@usp.br

*Agradezco a Gonzalo Cáceres Q. por sus recomendaciones y comentarios. Por supuesto todas las responsabilidades sobre lo dicho en este texto recaen sobre su autor.

ABSTRACT

Alejandro Portes: rationality in the slum theory and the pobladores movement in the Long Chilean Sixties.

The paper revisits the doctoral thesis of the cuban-american sociologist Alejandro Portes, developed in four slums of Santiago' outskirts in the late 1960s. Interested in the explosive urban growth process and popular housing movements in Latin America, Portes focused his work on the analysis of the political attitudes and dispositions of the *pobladores*, main agents of the demand for residential land and housing. Against several theories of that time, Portes discusses the political action of the *pobladores* movement as a goal-instrumental action, disesteeming a revolutionary essentialism and rejecting a 'subculture of poverty' determinism. The paper also describes Portes as a creative reader of weberian social action theory. Additionally, it argues the possibilities of using Portes' analyses for discussing nowadays forms and expressions of the *pobladores* movement in Chile.

Keywords | *Social movements; Pobladores movement; Santiago; Sociological theory; Housing.*

INTRODUCCIÓN

El presente artículo analiza un momento de la producción intelectual del sociólogo cubano-estadounidense Alejandro Portes, desarrollada a finales de la década de 1960, como parte de su investigación doctoral. Su tesis se centra en el análisis del explosivo proceso de urbanización latinoamericano y en la emergencia del "poblador" como sujeto político y social relevante dentro de las reivindicaciones por el suelo y la vivienda digna. Para comprender este complejo fenómeno, Portes desarrolla su trabajo de campo en la periferia popular de Santiago de Chile, durante la segunda mitad del gobierno reformista demócrata cristiano de Frei Montalva (1964-1970).

Al igual que otros investigadores norteamericanos —así como de decenas de europeos— interesados en las características, conflictos y contradicciones de las transformaciones urbanas y habitacionales de las ciudades de América Latina, Portes decide abocarse a la comprensión del ciclo de movilización popular que tenía a Santiago como uno de los grandes protagonistas del continente. Asimismo, uno de sus objetivos centrales era comprender la configuración del movimiento de pobladores, buscando interpretar en detalle las actitudes y disposiciones políticas de los habitantes de áreas de expansión de la capital

chilena, que vivía un vertiginoso proceso de producción de nuevas viviendas, a través de programas habitacionales —de variados tipos, que incluían desde viviendas definitivas a lotes con servicios mínimos—, así como de tomas de terreno.

La vasta producción intelectual de Alejandro Portes durante casi medio siglo incluye reconocidos trabajos sobre enclaves e integración de segundas generaciones de inmigrantes en los Estados Unidos —desde la Universidad de Princeton fundó el *Center for Migration and Development*—, políticas habitacionales en las favelas cariocas, y estudios comparados sobre economías informales en países desarrollados, entre otros (Bundesen 2004). Sin embargo, si algo atraviesa a buena parte de sus trabajos es el interés por comprender la racionalidad de la acción de los actores sociales. En ese sentido, a través del presente artículo entenderemos su teoría de la racionalidad poblacional, término que explicaremos más adelante, como tributaria de los seminales trabajos del sociólogo alemán Max Weber y su teoría de la acción.

Este artículo pretende aportar a dos ámbitos de investigación sobre la sociología latinoamericana del ciclo comprendido entre la post-guerra y la década de 1970. Por un lado, busca traer nuevas pistas acerca de la producción de las ciencias sociales latinoamericanas sobre el movimiento de pobladores y el proceso de urbanización acelerada que se desarrollaban en el continente en paralelo al dinámico aumento de la demanda por suelo urbano para fines habitacionales. Cabe hacer presente que en los últimos años han sido publicados diferentes trabajos revisionistas de diferentes planteamientos teóricos sobre la experiencia de la marginalidad urbana y el habitar popular, así como respecto a la emergencia del movimiento de pobladores como articulador central de procesos sociales urbanos entre las décadas de 1950 y 1970 (Cofré 2011; Cortés 2014; Kozak 2016). En ese sentido, el presente trabajo historiográfico se suma a los esfuerzos de diversos autores contemporáneos por comprender la marginalidad como obstáculo insalvable para el desarrollo, desde diversas perspectivas teóricas. Se busca aportar a un cuerpo de trabajos que ha venido pensando retrospectivamente propuestas como las de la sociología del desarrollo (Morales 2016), la teoría de la marginalidad de Roger Vekemans (Beigel 2011), o los análisis a la teoría de la dependencia de Cardoso y Faletto (Cortés 2016), además de diversos trabajos referidos a la producción teórica anclada en instituciones particulares que tenían a los asentamientos populares y a la conformación teórica de la “ciudad latinoamericana” como problemas centrales de su quehacer, tal como ocurrió con la Sociedad Interamericana de Planificación y el Centro de

Estudios Urbanos y Regionales (Monti 2016), con la Comisión de Desarrollo Urbano y Regional de CLACSO (Jajamovich 2015). Además, el trabajo busca ofrecer pistas alternativas a las ya trazadas, referentes a la conceptualización del poblador como categoría social dentro de las ciencias sociales del periodo estudiado (Cortés 2013).

Por otro, el texto busca relevar una característica poco discutida del trabajo de Alejandro Portes, como lector y receptor creativo de los trabajos seminales de Max Weber, específicamente de su teoría de la acción social. En este sentido, el artículo se suma a los esfuerzos de otros autores por entender la penetración del pensamiento weberiano en América Latina, como en el caso de los trabajos de José Medina Echeverría desarrollados al interior de Cepal (Moya 2016), en la teoría de la dependencia formulada por Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto a fines de la década de 1960 (Morales 2012), en las re-lecturas de Florestan Fernandes al concepto de dominación patrimonial para comprender la historia política brasileña (Portela Júnior 2012), o en la relevancia para Sérgio Buarque de Holanda de la propia teoría de la acción social en la escritura de *Raízes do Brasil* (Costa 2014). Se busca contribuir a la comprensión de la teoría de Portes como una lectura de la acción de los pobladores como orientada a medios y fines —lo que denomina como racionalidad poblacional—, y no guiada exclusivamente por la emoción o la tradición, como venía siendo pensado por algunos teóricos de la pobreza y la marginalidad, que derivaba en comprender a los habitantes de las poblaciones como sujetos esencialmente revolucionarios y radicalizados (Portes 1971a).

Además, la revisión historiográfica da la producción de Portes busca ofrecer otra matriz de análisis a la coyuntura actual del movimiento de pobladores, discutiendo el esquema de medios y fines de la acción de los miembros de este movimiento social, así como la utilización de la política para la obtención de objetivos habitacionales y urbanísticos.

En las siguientes páginas analizaremos, a partir de la tesis doctoral de Alejandro Portes, una visión poco discutida sobre las actitudes políticas de los residentes de áreas periféricas de baja renta y sus estrategias de acción para el mejoramiento de sus situaciones socio-económicas y habitacionales. Del mismo modo, analizaremos las críticas de este investigador a algunas de las teorías de la urbanización y la acción política popular más difundidas en la época. Para ello revisaremos algunos textos de Portes publicados en Chile y en el extranjero, en donde analiza los resultados de su trabajo de campo y polemiza respecto a la racionalidad de la acción de los pobladores de la periferia santiaguina de finales

de la década de 1960.

PORTES EN CHILE, ALGUNOS ANTECEDENTES

La temporada de Portes en Santiago tuvo como objetivo central el comprender las actitudes, aspiraciones y expectativas que definían la acción racional de los pobladores de algunas barriadas santiaguinas a finales de la década de 1960. Es importante señalar desde un comienzo que Portes, al igual que otros investigadores como Goldrich et al. (1967) o Giusti (1968), no evitó relacionar sus hallazgos con los procesos políticos en pleno desarrollo. Su trabajo es desarrollado en medio de una espiral ascendente de demandas por suelo y vivienda, con un parque habitacional incapaz de entregar soluciones a casi seiscientas mil familias a finales de la década de 1960 (Castells, 1983), que avanzaba en simultáneo a la alianza entre comunistas, socialistas y otras fuerzas progresistas, como el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y la Izquierda Cristiana, que acabó llevando a Allende al poder en 1970.

Como miembro del programa de investigación del Land Tenure Center de la Universidad de Wisconsin - Madison, Portes se instala en Chile en algún momento hasta ahora no especificado entre 1968 y 1969. Como varias investigaciones de la época, el proyecto de Portes representa las tramas transnacionales de producción y circulación del conocimiento, que vinculaban América Latina con centros de pesquisa norteamericanos y europeos.

Su llegada coincide con un giro en la relación panamericana entre los Estados Unidos y Chile, especialmente por el crecimiento de la izquierda chilena como fuerza política. Si bien el panamericanismo era una fuerza política y cultural innegable ya desde las décadas de 1910 y 1920, fue con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial que, como afirma Rinke (2013), aumentó la cifra de yanquis visitantes en Chile, que incluían

“misiones oficiales de militares, de expertos tanto en educación como en economía, académicos, técnicos, colaboradores de los Peace Corps y funcionarios gubernamentales, todos los cuales viajaron a Chile a prestar su colaboración, especialmente, mientras operó la Alianza para el Progreso”, además de “estudiantes y escolares con becas, ya fuera de la Fundación Fulbright como de Youth for Understanding” (2013: 310).

El crecimiento de las fuerzas de izquierda en la política chilena hasta el triunfo de Salvador Allende en las elecciones de septiembre de 1970, habría puesto en tensión la presencia de estadounidenses en Chile, vistos por algunos sectores

locales “con mayor escepticismo y rechazo”. En este sentido, es interesante pensar como hipótesis de trabajo que el hecho de ser cubano, junto a su temporada en Buenos Aires como estudiante de sociología a inicios de la década de 1960, pueden haber ayudado a Portes a desenvolverse con mayor facilidad en la movilizadora periferia popular santiaguina.

Desconocemos el momento exacto en que Portes vuelve a los Estados Unidos —seguramente entre fines de 1969 e inicios de 1970— para defender su tesis “Radicalism in the slum: a study of political attitudes in Chilean lower-class settlements”, bajo orientación de los profesores William Sewell y Archibald Haller. En aquel estudio, según el propio Portes su primera gran investigación (Budesen 2004), establece una fuerte crítica a las visiones más divulgadas sobre las condiciones de vida de los habitantes de las áreas populares de América Latina y su acción política a través del *movimiento de pobladores*. En este sentido, Portes desafía tres teorías principales, que denominó como de la subcultura de la *miseria*, de la *potencialidad revolucionaria* y de la *marginalidad* (Portes 1970b).

Mientras que a la primera le criticaba que asentaba la idea de una cultura de la resignación al interior de la población residente de los barrios populares, que le impedía su integración a la sociedad, a la segunda le cuestiona el hecho de entender a la acción política de los pobladores exclusivamente como revolucionaria y orientada “a la destrucción del sistema social imperante” (1970b: 139), sin atender los distintos proyectos y estrategias que representa la asociación de los grupos marginalizados con los partidos políticos. El autor también es crítico de la teoría de la marginalidad y la promoción popular, ampliamente desarrolladas por el sacerdote y sociólogo Roger Vekemans y el Centro para el Desarrollo Social de América Latina (DESAL), que entiende la marginalidad de vastos segmentos de la población urbana como consecuencia del “retraso cultural o la tradicionalidad del marginado” (1970b: 142), como si el hombre en situación de marginalidad fuese “cualitativamente distinto del hombre integrado en la sociedad”, sin comprender el enorme dinamismo y diversidad de decisiones que conlleva la elección de los mejores medios para la obtención de un sitio y una vivienda donde radicarse en la ciudad.

De cierto modo, su producción académica de esta época es también una crítica al *sobre-urbanismo* de los teóricos de la dependencia, que veían en las ciudades y en la acelerada urbanización la posibilidad de desarrollo de espacios de explotación y sumisión (Portes y Browning 1976), antes que una opción para el desarrollo económico y democrático. Una idea en la línea de lo que Germani (1967) denominaba mecanismos de integración, o que el mismo John F.C. Turner (1966)

entendía como un espacio para abrigar esperanzas de cambio, especialmente luego de su experiencia profesional en las barriadas limeñas.

Su trabajo contiene también refutaciones a la sociología anglosajona de la época respecto a sus conceptualizaciones sobre la pobreza, así como a algunas recepciones latinoamericanas de aquellas teorías, que prefirieron replicar los conceptos antes que probarlos a través de la investigación en territorios marginalizados urbanos. Sus críticas a la idea del *radicalismo de la barriada* de Lipset (1963) y Kornhauser (1959) —los pobres son políticamente radicales como consecuencia de su atraso cultural—, pero especialmente al modelo de inconsistencia de status de Lenski (1954) —las personas de bajos ingresos estarán más predispuestas a adoptar posiciones políticas radicales de izquierda (Portes 1972b)— dan cuenta de una visión compleja y alternativa respecto a algunos conceptos predominantes en la década de 1960. Como veremos más adelante, el trabajo doctoral de Portes es continuador de algunas matrices de análisis realizadas un par de años antes junto a sus orientadores de tesis, en una investigación sobre las trayectorias laborales imaginadas de jóvenes rurales de Wisconsin (Portes et al. 1968). En este trabajo, como en el análisis sobre los habitantes de la periferia santiaguina, el autor cubano complejiza la visión sobre expectativas y logros, mostrando que junto a las condiciones objetivas de acceso al mercado laboral, existen “espacios de maniobra” para decidir el propio futuro.

SOBRE CUATRO POBLACIONES

Vinculando la tradición de la sociología política norteamericana, su investigación en Chile se construyó, principalmente, tomando datos de fuentes secundarias, pero también gracias al levantamiento de información que realizó junto a un grupo de investigadores a su cargo en cuatro poblaciones de la periferia santiaguina. Durante nueve meses Portes tuvo a su cargo un grupo de investigadores que levantaron una serie de datos a través de la aplicación de un cuestionario en cada uno de los barrios. El objetivo de la investigación, tal como afirma en la introducción de *Cuatro Poblaciones: informe preliminar sobre situación y aspiraciones de grupos marginados en el Gran Santiago* era

“clarificar, para este universo de individuos, algunas proposiciones teóricas sobre sus aspiraciones y expectativas para el futuro, su grado de satisfacción o insatisfacción con su situación actual, su percepción subjetiva de progreso en comparación con aspiraciones pasadas, su grado de participación y actitudes hacia la comunidad y organizaciones comunales, y sus actitudes hacia el cambio social e intensidad deseo por ese cambio”.

En términos metodológicos, la investigación prefirió concentrar el estudio en cuatro asentamientos de la ciudad, en vez de aplicar el cuestionario en las decenas de poblaciones periféricas de la ciudad. Tal como reconoce Portes en su informe, el muestreo buscaba escoger cuatro unidades que representaran un universo en sí mismo, en función de su “historia, estructura interna, normas e intereses propios capaz por tanto de ejercer una fuerte influencia sobre las actitudes y conductas de sus habitantes” (1969: 2). Dicho esto, cada una de las poblaciones escogidas debía representar diferentes realidades residenciales de la marginalidad capitalina, diferenciadas en términos de su proceso de ocupación del suelo y pertenencia o no a ciertos programas habitacionales. El muestreo fue compuesto de la siguiente forma: 1) población surgida de toma de terrenos, con bajos niveles de organización política previos; 2) población surgida de toma de terrenos, por la acción de movimientos u organizaciones de pobladores; 3) poblaciones de radicación surgidas de nuevas políticas habitacionales de gobierno, refiriéndose específicamente al programa de lotes con servicios de Operación Sitio; 4) poblaciones definitivas resultantes de programas tradicionales de vivienda.

Con esa decisión Portes buscaba capturar cuestiones socio-políticas de las comunidades y físicas de las poblaciones. Por un lado intentaba que el muestreo representara diferentes grados de asociatividad, vinculación con el poder público y poder de negociación, al mismo tiempo que distintos niveles de calidad de la vivienda, disponibilidad de servicios sociales (accesibilidad al transporte público, escuelas, servicios médicos, etc.) de infraestructura (agua, alcantarillado, electricidad, pavimentación). Siguiendo estos criterios, fueron seleccionadas cuatro poblaciones —Parque Santa Mónica (Conchalí), Herminda de la Victoria (actual Cerro Navia), Lo Valledor Norte (a un costado de la población José María Caro de Lo Espejo) y Parque Lo Arrieta, llamada en ocasiones del informe indistintamente como La Faena (actual Peñalolén)—, y en cada una de ellas fue encuestada una muestra aleatoria de jefes de familia, completando un total de 382 casos.

Portes buscaba clarificar algunas hipótesis sobre las aspiraciones y expectativas de futuro de los habitantes de las áreas marginalizadas de la ciudad, el grado de satisfacción e insatisfacción con su situación actual, su percepción subjetiva de progreso en comparación con aspiraciones previas, sus actitudes frente a la transformación social y la intensidad con que deseaban ese cambio, además del grado de participación y su actitud hacia la asociatividad comunitaria.

Analizando estas dimensiones, Portes destacó una serie de atributos de

este segmento de la población santiaguina, que, en gran medida, discutían algunos preceptos vigentes en la época. En primer lugar encontró una alta proporción de no migrantes nacidos en el Gran Santiago o en la provincia de Santiago (aproximadamente mitad de la muestra), cuyos niveles de cesantía no diferían en demasía del promedio del Gran Santiago, aunque la mayoría de las ocupaciones laborales se concentraban en los niveles más bajos de la escala de remuneraciones.

Que fuera alta la proporción de no-migrantes nacidos en Santiago diferenciaba el caso chileno de otras ciudades de finales de los sesenta, tales como Lima o São Paulo, donde el alcance de las oleadas inmigratorias nacionales —es decir, nacidos en otros lugares del país—era mayor. Este dato era importante dentro de su investigación, pues rompía con una hipótesis altamente reproducida que asociaba marginalidad y migración. Con esto Portes buscaba mostrar que, si bien podía existir una relación causal entre migraciones internas y surgimiento de áreas marginadas, esta no podía ser interpretada como que las poblaciones periféricas marginalizadas estaban habitadas predominantemente por migrantes. En este sentido, esta primera confusión era la raíz de los errores interpretativos de quienes veían en la periferia popular una sub-cultura de la miseria, con Peter Marris (1963) como el principal representante de esa tendencia.

Los pobladores estaban lejos de ser un colectivo de recién llegados a la metrópolis. En términos demográficos, Portes pudo observar que la tendencia en los cuatro asentamientos era establecerse en un área, permanecer en ella y envejecer en conjunto con la población. Entre los no-nacidos en la capital, la mayor proporción de ellos llevaba diez o más años viviendo en Santiago. De hecho, sólo un 5% de la muestra total eran migrantes “nuevos”, es decir, con menos de cinco años de residencia en la ciudad.

Si conseguir un sitio o una vivienda propia era el fin, quienes estaban mejor capacitados para escoger los mejores medios eran los que tenían más familiaridad y experiencia con la vida urbana, señalaba Portes. En *Cuatro Poblaciones* afirmaba que “para participar de una toma organizada de terrenos, mantener un ahorro prolongado y realizar los complicados trámites necesarios para obtener un sitio o vivienda a través de los organismos gubernamentales, y aún para lograr acceso en momentos precarios a una población de emergencia, es necesario poseer ya el conocimiento y la experiencia sobre los mecanismos del sistema urbano que el recién llegado no tiene” (1969: 19).

Antes que lecturas miserabilistas de la periferia popular, Portes prefiere verlas con optimismo; más que “cinturones de miseria”, decía, estas áreas de la ciudad debían

ser comprendidas como “zonas de radicación definitiva, de seguridad y de esperanza donde hoy crece lo que será la ciudad estable e integrada del futuro” (1969: 20).

Uno de los hallazgos más relevantes encontrados en aquella investigación fue la existencia de asentamientos populares integrados a la red urbana que, antes que ser los “albergues de último recurso de la miseria” (Portes 1969: 49) —o “vertederos de los residuos humanos”, usando la más contemporánea categoría de Bauman (2005)—, se establecían como espacios estables en donde era posible acercarse lentamente a la estructura de oportunidades metropolitana, algo que ya estaba presente, a su juicio, en los trabajos de Turner (1966), Goldrich et al. (1967), Nelson (1969) y Cornelius (1969).

La encuesta mostró también que la tasa de desempleo en las cuatro poblaciones (6%), no difería demasiado de las cifras de cesantía levantadas por CELAP/DESAL un par de años antes para los residentes de las áreas marginalizadas de Santiago en el período 1966-67, y más importante, ni tampoco de las de la fuerza de trabajo total del Gran Santiago, según cifras del Instituto de Economía de la Universidad de Chile publicadas en septiembre de 1968. Por su parte, quienes estaban trabajando lo hacían mayoritariamente en servicios menores (trabajadores domésticos, repartos, venta ambulante, etc.) o como obreros no-calificados o semi-calificados. Con este dato Portes buscaba reafirmar que los habitantes de áreas populares no están fuera del mercado laboral, aunque estén en los niveles ocupacionales y tramos de ingresos inferiores.

No era de extrañar que los índices de escolaridad fueran bajos en los cuatro asentamientos —menos del 20% de la población pasó por la educación secundaria—, lo que Portes interpreta como “indicios de las pobres condiciones y escasa preparación con las que individuos marginados debieron comenzar su lucha por el logro de alguna integración en la estructura socioeconómica urbana” (1969: 24). Como una prueba de sus estrategias de supervivencia, pero también de integración a los mercados formales e informales del trabajo, Portes analiza la distribución de ingresos en sus casos de estudio, observando que, en relación al salario vital vigente para 1968 (E\$ 380), un 34% de las familias recibía entre dos y dos y medio salarios vitales (E\$ 600 a 999), mientras un 16% poseía ingresos que los situaban dentro de los tramos medios de ingresos para el Gran Santiago (E\$ 1000 o más). El autor no es ingenuo al interpretar las cifras, pues reconoce que los salarios vitales subestiman significativamente los costos reales de vida.

Sin embargo, plantea una discutible hipótesis, que será importante luego para fundamentar su rechazo a la idea de la radicalización de la barriada. Para Portes, las bajas tasas de desempleo y los moderados niveles de ingreso “retratan indirectamente

un programa de lento pero efectivo avance por parte de estos grupos que hoy tratan de radicarse definitivamente en las nuevas áreas habitacionales de la periferia urbana” (1969: 25). No hay comprobación sobre el progresivo avance económico de las familias, sin embargo, Portes supone un trayecto ascendente del bienestar familiar, lo que explicaría que en su mayoría los pobladores optasen por posiciones políticas moderadas, antes que radicalizadas, como veremos un poco más adelante.

De todas formas, llama la atención que, en los artículos publicados posteriormente a la defensa de su tesis, Portes no discuta la categoría de “polo marginal”, que fue enunciada por Aníbal Quijano en diferentes textos de inicios de los setenta. El polo marginal hace referencia a esa inmensa proporción de trabajadores desempeñados en servicios menores o como obreros sin calificación, que pese a estar establemente ocupados, están marginados del “núcleo hegemónico” de las relaciones de producción y tiene reducidas posibilidades de reivindicar colectivamente sus condiciones de trabajo e ingresos (Quijano 1972: 94). Por esas condiciones estructurales, los marginalizados tendrían dificultades para vivenciar la movilidad social y mantenerse en empleos que consoliden el fortalecimiento de las economías familiares. Portes no entra en esta discusión, que es la falta de mayor relevancia en el análisis a las condiciones reales del mercado del trabajo y los ámbitos de empleabilidad de la población marginalizada que pueden posibilitar las trayectorias sociales ascendentes, así como el mejoramiento de las condiciones habitacionales.

Esta característica del análisis de Portes pudo estar relacionada con dos interesantes hallazgos de su tesis. En primer lugar, descubrió que la proporción de quienes consideraban mejor su empleo actual que el anterior fue el doble que la de quienes lo pensaban su actual empleo como peor. Portes afirma que, en términos subjetivos, existe una movilidad ocupacional ascendente. Aunque no entrega una explicación, este dato lo ayuda a sostener su idea de un clima optimista en la barriada, antes que un ambiente de constantes expectativas frustradas. Tal como afirma en el Informe, la situación psico-social en las áreas marginadas dista de una “situación desesperada, plena de rencor e impotencia, de hombres y mujeres que miran el acontecer desde fuera, incapaces de comprenderlo o participar en él” (1969: 43). Asimismo, en su tesis reconoce una alta confianza de los pobladores en encontrar soluciones particulares y colectivas a través de la participación y cooperación vecinal. La cohesión social intensa era vista como una alternativa efectiva para impulsar tareas de mejoramiento y desarrollo en la población (Portes 1969: 37). Por lo mismo, no es casualidad que los pobladores evaluaran su realidad habitacional como medianamente mejor que en el pasado. La mayor parte de los entrevistados proyectaba en el mejoramiento de la vivienda o en la obtención de un sitio y/o casa propia aquello que gatillaría el

aumento del bienestar del núcleo familiar.

Mínimamente educados en el sistema formal, pero altamente informados de la contingencia política nacional a través de la prensa escrita y la radio, los pobladores participaban más en organizaciones vecinales que en organizaciones políticas y/o religiosas, con la convicción que estas instancias podrían mejorar su situación habitacional, a través de la presión y negociación efectiva frente al gobierno. Mientras que el acceso a la información pública los hacía parte de una opinión pública urbana —diferente de la caricatura rural tradicionalista que Portes les reprochaba a los primeros teóricos de la marginalidad—, existía la confianza en su propio poder para hacer cambiar de parecer al gobierno.

EN OPOSICIÓN A LA SUB-CULTURA DE LA POBREZA Y LA TEORÍA DE LA MARGINALIDAD

Portes veía en este último aspecto un factor fundamental para desestimar la idea de una sub-cultura de la pobreza, a su juicio presente en varios trabajos que circulaban en la región, especialmente en aquellos que habían reproducido los hallazgos de Oscar Lewis sin contrastarlos al interior de la explosión metropolitana. Antes que atrapados en una ambiente social apático, fatalista, carente de aspiraciones y preocupado casi exclusivamente de conseguir gratificaciones inmediatas —que muchas veces facilitaba el acceso a la industria del crimen— (Portes 1972a), el cubano-estadounidense se había encontrado con pobladores organizados, estratégicamente flexibles, “modernos” en cuanto a su inserción dentro de la opinión pública y experimentados para desenvolverse cotidianamente en la metrópolis. Ni absolutamente marginados del trabajo y los ingresos, ni socialmente incapacitados para desenvolverse en el ritmo y condicionantes de la ciudad, los pobladores desarrollaban estrategias de acción lo suficientemente racionales y complejas como para obtener ciertos fines: vivienda definitiva, empleos mejor remunerados, escolarización para las segundas generaciones, entre otros.

Así, *Cuatro Poblaciones* se convirtió en un texto clave para desmitificar, desde los estudios sistemáticos, a los teóricos de la marginalidad y de la sub-cultura de la pobreza. En el texto, así como en artículos posteriores, se desmiente la idea que los pobres de la ciudad tienen aspiraciones pero carecen de capacidades para llevarlas a cabo, en función del lastre que significan sus valores y normas provenientes del mundo rural. La crítica a Peter Marris (1963) es categórica: a

este autor le discute su idea de sub-cultura de la miseria, según la cual el habitante de la barriada no estaría interesado en cambiar su modo de vida, “simplemente porque el grupo en que vive tiene normas de vida tales que no dan importancia al progreso material, la educación o el ascenso social” (Portes 1970b, 134). La organización, la negociación y el diálogo con el gobierno que verificó Portes desmentían la apatía, constituyendo, más que una subcultura de la miseria, estrategias de adaptación realistas y de promoción hacia niveles más altos de vida (Portes 1970b). Antes que demandas del tipo caritativo que representaban gratificaciones inmediatas —ropa, donación de alimentos, dinero en efectivo—, lo que Portes advirtió fue la demanda a las autoridades y a otros sectores de la sociedad por integración urbana: la obtención de los títulos de dominio, vigilancia policial, construcción de infraestructura básica, pavimentación de calles, construcción de escuelas, mejoras en la provisión de transporte. Es decir, lo que hoy entendemos como “derecho a la ciudad”.

Asimismo, Portes desestima la idea de Vekemans y Silva sobre la marginalidad activa, quienes afirmaban que los pobladores no tenían posibilidades de influir en las decisiones colectivas ni podían acceder a los frutos de la riqueza social (no oyen ni son oídos, decían (DESAL 1967)). En su tesis critica esa mirada por estar precisamente alejada de la realidad cotidiana de la época. Los pobladores, como actores sociales, sí fueron lo suficientemente dinámicos primero para migrar a la ciudad, desplegar estrategias de sobrevivencia y conseguir colectivamente una vivienda definitiva, tal como demostraba el esquema de localización de los recién llegados a la ciudad de Turner (1968). Tal vez nuevamente sea mejor citar al mismo Portes (1970b: 143):

“¿Cómo adecuar la participación intensa que se da en organizaciones vecinales en momentos de lucha por el logro de sitios propios con frases que caracterizan a estos grupos por “... una falta de cohesión interna que los hace aparecer atomizados y dispersos y porque predominan en ellos el aislacionismo y la dispersión, lo que los hace aparecer como grupos desorganizados, desvinculados entre sí y sin expresión social coherente?”

El autor discrepa de los argumentos promovidos desde DESAL que mostraban una población marginal esperanzada, pero rezagada, sin capacidad de adaptarse a la vida cotidiana de la ciudad. A través de su levantamiento de datos Portes busca mostrar un segmento de la sociedad que, si sabe buscar empleo y acomodarse a las oportunidades laborales que van surgiendo, que intenta aprovechar y maximizar sus opciones habitacionales y que tienen acceso a las mismas fuentes de información del resto de la sociedad.

Portes (1972a) además problematiza las lógicas políticas que promovían los teóricos de la marginalidad, especialmente la articulación desde arriba de diferentes espacios de participación, como centros de madres, juntas de vecinos y clubes deportivos. A su juicio, el programa comunitario impulsado por el gobierno de Frei Montalva consideraba la participación como un fin, y no como un medio para la obtención de otros beneficios. Su enfoque utilitarista defendía que, en ocasiones, la participación era costosa, porque se dejaban de hacer otras cuestiones tan importantes para la vida cotidiana, como trabajar, pasar tiempo con la familia, dedicar tiempo a mejoras en el hogar, etc. Sin embargo, los pobladores tenían conciencia que algunos problemas y expectativas podían ser resueltos a través de la coordinación colectiva. En estos casos, la acción colectiva se volvía de nuevo relevante y la participación aumentaba. Estos vaivenes en las actividades comunitarias eran demostración que la participación era un medio para la obtención de fines, y que la asociatividad comunal no debía ser mantenida artificialmente porque sí, sino porque es una herramienta instrumental para el logro de metas.

En la crítica a ambos enfoques, Portes reivindica la teoría de la acción weberiana, observando en los pobladores la posibilidad de desarrollar tanto acciones con arreglo a fines y a valores, como de acuerdo a afectos y tradiciones. En un texto posterior a la defensa de su tesis, Portes (1972a) arremete contra quienes ven a los pobladores como agentes individuales que sólo actúan orientados emocionalmente, o por la búsqueda exclusiva de gratificaciones inmediatas. Así verían a los pobres urbanos los seguidores de la teoría de la sub-cultura de la pobreza, pero también quienes promovían la interpretación de la barriada radicalizada. Esta última perspectiva, a juicio de Portes, suponía que en estos asentamientos se impondría una acción política desesperada que abrazaría la radicalización, antes que la negociación y la maximización de oportunidades dentro del marco de posibilidades políticas existente.

A su vez, Portes imputaba a los teóricos de la marginalidad una incapacidad para comprender que el proceso de modernización cultural también era vivido por los marginados —como el levantamiento de datos mostró, los intereses y valores de este segmento de la población no difería demasiado de los de las clases medias urbanas—. Antes que atrapados en lógicas tradicionales que restringían su campo de acción, Portes veía a los pobladores como sujetos sociales activos dueños de sus destinos, interesados en encontrar los más rápidos y eficientes medios para obtener recompensas socio-económicas y habitacionales. En su descripción y análisis, los pobladores serían un segmento de la sociedad capaz, como el resto de ella, de

actuar orientado a fines racionalmente mentados, eligiendo los mejores medios posibles. ¿Cómo se verificaría esto? En que los pobladores fueron, por lo menos hasta el golpe militar en Chile, un segmento de la sociedad en fase ascendente, a donde llegaron a través de decisiones y estrategias económicas.

CONTRA LA IDEA DE UN RADICALISMO DESESPERADO

Otra de las refutaciones de Portes a las teorías vigentes de la época, y probablemente también la más polémica, estuvo referida a la inexistencia (o por lo menos su presencia minoritaria) de un *radicalismo desesperado* en la barriada (Portes 1972b). A pesar de los altos niveles de frustración entre la población de la nueva periferia urbana, la investigación empírica mostró cómo la opción por el extremismo de izquierda era poco aceptada por la población, que optaba más por la negociación y el diálogo que por una vía revolucionaria *a la cubana*. En un balance hecho tres décadas después, Alan Gilbert (1997) señalaba que mientras la participación en protestas callejeras de los pobladores limeños de los sesenta promediaba el 10%, en Santiago no era más del 6%.

Ni niveles educacionales alcanzados, ni ingresos o tipos de empleos, aún controlando por la edad de los encuestados, eran lo suficientemente relevantes como para promover la preferencia por el radicalismo de izquierda (Portes 1972b), lo que no significaba que no existiera frustración respecto al presente ni que se culpabilizara a las condiciones estructurales de la sociedad por el lento avance de la justicia social. A pesar que en modelos anteriores había visto cierta correlación entre las variables, no así causalidad, su trabajo vino a evidenciar los horizontes de posibilidad de transformación social visto por una amplia mayoría de los pobladores: la vía institucional de la negociación.

Su argumento desestimaba al anclaje tradicionalista rural, el rencor clasista y los deseos de inmediatas gratificaciones como únicas explicaciones de la acción de los pobladores. Más bien, su mirada estaba puesta en la acción racional orientada al logro de metas de mediano plazo. Trabajo estable, sitio y/o vivienda propia, oportunidades de estudios y trabajos para las segundas generaciones. Supervivencia, consolidación y promoción serían, a juicio de Portes (1969; 1970b; 1971c), las etapas a cumplir por migrantes y nacidos en la ciudad, orientándose por “estrategias de adaptación realistas”.

Sin embargo, ¿cómo se explicaría el éxito y la penetración de grupos de izquierda en la barriada en la misma época en la que Portes está en Chile? La

izquierda tradicional, cuyo programa se había enfocado en otras áreas de la vida social, encontró en esta coyuntura histórica un momento ideal para dar un giro en sus líneas y acrecentar su influencia dentro de los sectores populares urbanos, donde una proporción importante de personas y organizaciones apoyaban la labor asistencialista de las teorías marginalistas promovidas por el gobierno y secundadas por el Partido Demócrata Cristiano. La organización de comités de pobladores –allegados, habitantes de callampas, migrantes recién llegados a la capital- por parte del Partido Comunista (PC), dinamizó el proceso de tomas ilegales de terrenos, consolidado tras la desarticulación paulatina de la influencia de la DC en el movimiento de pobladores y la masacre a familias recién instaladas en terrenos baldíos en la sureña ciudad de Puerto Montt (Castells 1973; Espinoza 1987).

A su vez, la aparición del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) dentro de las luchas por el suelo y la vivienda, potenciaron aún más al poblador como actor social dentro de la política nacional, ya que, a pesar de su pequeñez cuantitativa, buscaban acentuar la conciencia de clase y el “*temple revolucionario*” (Castells 1973: 25). Asimismo el campamento, como organización socio-política, no buscaba solamente exigir para los sectores populares igualdad de acceso a las oportunidades, sino además establecer formas alternativas de tratamiento de los problemas, lo cual quedaba demostrado en las organizaciones al interior de los mismos, en los “frentes” de salud, educación, empleo y vigilancia (CIDU 1972; Mac Donald 1982). La complejización de la asociatividad popular y la consolidación del poblador como actor social relevante dentro del escenario político chileno de la Unidad Popular desafió algunos de los planteamientos de Portes. Sin embargo, hasta ahora no hemos dado con textos suyos que reflexionen sobre la tesis de la radicalidad popular que él desestimaba, así como respecto al enfoque utilitarista que utilizaba para analizar la participación social y política de los marginalizados. Sus trabajos posteriores sobre las favelas cariocas plantean otro tipo de preguntas, relacionadas con las posibilidades de acceso a soluciones habitacionales dentro de regímenes autoritarios, donde es casi imposible pensar en teorías y opciones políticas que asuman la radicalización política popular como alternativa de análisis y estrategia de acción (Portes 1979). ¿Otro espacio para pensar la maximización de medios y fines?

IDEAS DE CIERRE

En el año 2004 Portes señalaba que su interés por el estudio sociológico de los movimientos sociales se debió en gran parte a una búsqueda por comprender la experiencia de la revolución cubana, la cual significó el auto-exilio de su familia (Bundesen, 2004). Aquel proceso de radicalización política lo hizo preguntarse por coyunturas similares en otros lugares de América Latina, lo que lo llevó a examinar el explosivo proceso de urbanización de Santiago, el fortalecimiento de movimientos de pobladores y su imbricación con partidos y organizaciones de izquierda. Algunos autores denominaron al campamento como la operación urbana de mayor importancia en Santiago de principios de los setenta, tanto por la cantidad de residentes que albergaban, como por su localización y capacidad política de maniobra y negociación frente al gobierno central. En mayo de 1972 existían 272 campamentos localizados a lo ancho del Gran Santiago, donde residen 83 mil familias (456.500 hab. aproximadamente, es decir uno de cada seis habitantes de la ciudad), ocupando cerca del 10% del área urbana de las 17 comunas que conforman la capital (Santa María, 1973).

En este marco Portes formula una explicación suspicaz respecto al potencial revolucionario, aunque aparentemente sin la pretensión de establecer una teoría política de los movimientos sociales urbanos de izquierda. Primero, descartado el efecto de causalidad del sentimiento de frustración sobre el radicalismo de izquierda, Portes revaloriza el trabajo de Lipset (1963) al señalar que la opción revolucionaria es una de las alternativas, pero no la única frente a la frustración: movimientos no-políticos y asociaciones en torno a prácticas religiosas o culturales también serían relevantes para el ascenso social y el logro de metas.

¿Si la frustración no explica el radicalismo, cuál es la variable clave? Su explicación sería, tomando la investigación de movimientos revolucionarios de otras épocas y latitudes, la presencia de grupos de izquierda lo suficientemente organizados como para promover una *“concientización ex -post de las masas sobre sus intolerables condiciones de vida y las razones estructurales que las explicarían”* (Portes 1971a: 42). Más que mayorías de pobres urbanos inclinados gravitacionalmente hacia la izquierda radical, lo que habría habido fueron colectivos, lo suficientemente exitosos para promover en fracciones del movimiento de pobladores una ideología radical de izquierda.

¿Se habrá imaginado el MIR a sí mismo en condiciones de desplazar al PC o al PS como la principal fuerza de izquierda? Es una pregunta abierta que escapa

del foco retrospectivo de este artículo; sin embargo, observando sus resultados electorales hasta 1973 puede advertirse que ellos no fueron del todo exitosos. En este sentido, los campamentos revolucionarios, los estudiantes secundarios y las movilizaciones indígenas eran campos importantes por disputar y hegemonizar.

Este recorrido por la investigación de Portes en torno a la racionalidad de los habitantes de la periferia y el movimiento de pobladores mostró un acierto central en su enfoque. En sus distintos artículos logró exhibir su capacidad para moverse entre la teoría –sin desestimarla, desplegando una enorme habilidad crítica-, y los estudios empíricos –sin sacralizarlos, ni volviéndolos como únicos recursos para alcanzar la “verdad objetiva”-. Desde el trabajo de campo logró evidenciar situaciones y actitudes lo suficientemente reiteradas como para pensar desde allí una teoría de alcance medio. En Portes existe una capacidad para equilibrar el trabajo estadístico con la *imaginación sociológica* que proponía Wright Mills (1961). Relacionar las preguntas de un cuestionario con la teoría de la acción weberiana o la del radicalismo de la barriada, fue su camino para la elaboración progresiva de conceptos concretos posibles de ser discutidos y refutados.

Tal como el mismo Portes (2004) advertía en un trabajo sobre el estado de situación de la sociología en Estados Unidos y Latinoamérica a mediados de la década del 2000, los conceptos de alcance medio sirven para llamar la atención sin anticipar los resultados o bloquear la posterior búsqueda de respuestas. Reivindicando a Merton, los valoró por estar a medio camino entre las leyes totalizadoras y las generalizaciones empíricas concretas. No quedando prisioneros ni del hermetismo del gran paradigma ni de la excepcionalidad casuística.

De cierto modo esa idea estaba ya contenida en aquella primera gran producción académica de finales de los largos sesenta. Volver a mirar ese trabajo es también un ejercicio de búsqueda de conceptos que sirvan para iluminar el debate actual sobre movimientos sociales, urbanización, justicia social y derecho a la ciudad. Volver a mirar el trabajo de Portes es también parte de un interés por producir conceptos de alcance medio lo suficientemente precisos y discutibles como para aportar mínimamente a los estudios de la sociología urbana y de los movimientos sociales en América Latina.

Por último, este artículo busca colocar al trabajo de Portes dentro de los análisis contemporáneos del movimiento de pobladores y sus repertorios de acción, cuestión que viene siendo tratada por autores como Angelcos y Pérez (2017) para el ciclo de re-emergencia post-dictatorial del movimiento social

urbano. En aquel trabajo, los autores muestran cómo los comités de allegados han establecido una relación estratégica con el aparato estatal, especialmente desde 1999, año de la última gran ocupación de suelos en la capital. A su juicio, la acción de los pobladores, desarrollada dentro de los marcos de participación regulados por el Estado, ha conseguido establecer una lucha por el derecho a la ciudad al inscribir territorialmente sus exigencias al aparato público (2017: 104). Demandas como permanecer en el barrio de residencia o seguir teniendo acceso a los servicios públicos, parecen análogas a algunas de las negociaciones que Portes verificó en las cuatro poblaciones estudiadas a finales de los sesenta. Si el movimiento de entonces demandaba integración urbana a las autoridades —regulación de los títulos de propiedad, habilitación infraestructura básica, pavimentación de calles, habilitación de servicios públicos— a través de diferentes fórmulas de negociación, la re-emergencia de los pobladores del siglo XXI ha reivindicado el derecho a la ciudad y la lucha contra la segregación al interior de los marcos de negociación propuestos por el Estado. Lo interesante es que esos mismos marcos han sido revisados durante los últimos años, tal como señalan Angelcos y Pérez, en instancias como la formulación de la nueva política de suelos, organizada por el Consejo Nacional de Desarrollo Urbano en 2015. ¿Cuánto tuvieron que ver las acciones y tácticas de negociación y presión del movimiento de pobladores? Por ahora las respuestas a esa pregunta escapan al alcance de este texto. Sin embargo, la investigación de Portes hecha hace casi medio siglo puede ayudarnos a encontrar caminos para comprender la racionalidad de la acción del movimiento de pobladores, así como sus estrategias para relacionarse con el Estado y otros agentes con el fin de obtener suelo, vivienda y derechos a la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

- Angelcos, N; Pérez, M. (2017). De la “desaparición” a la reemergencia: Continuidades y rupturas del movimiento de pobladores en Chile. *Latin American Research Review*, 52(1), 94-109.
- Beigel, F. (2011). *Misión Santiago. El mundo académico jesuita y los inicios de la cooperación internacional católica*. Santiago: LOM Ediciones.
- Bundesen, L. Q. (2004). Biography of Alejandro Portes. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 101(33), 11917–11919.
- Castells, M. (1973). Movimiento de pobladores y lucha de clases en Chile. *EURE*, 7, 9-35.
- _____ (1983). *A questão urbana*. Río de Janeiro: Paz e Terra.
- CIDU, Equipo de Estudios Poblacionales (1972). Reivindicación urbana y lucha política: los campamentos de pobladores en Santiago de Chile. *EURE*, 6, 55-82.
- Cofré, B. (2011). El movimiento de pobladores en el Gran Santiago: Las tomas de sitio y organizaciones en los campamentos, 1970–1973. *Tiempo Histórico*, 2, 133–157.
- Cortés, A. (2013). A Struggle Larger Than a House: “Pobladores” and “Favelados” in Latin American Social Theory. *Latin American Perspectives*, 40(2), 168-184.
- _____ (2014). El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: Ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad. *EURE*, 40(119), 239–260.
- _____ (2016). La dependencia de ayer y hoy: una evaluación política. *Espacio Abierto*, 25(3), 217-227.
- Costa, S. (2014). O Brasil de Sérgio Buarque de Holanda. *Sociedade e Estado*, 29(3), 823-839.
- DESAL (1967). *Una estrategia contra la miseria*. Santiago: DESAL.
- Germani, G. (1967). The city as an integrating mechanism. En Beyer, G. *The urban explosion in Latin America*. Ithaca: Cornell University Press
- Gilbert, A. (1997). *La ciudad latinoamericana*. México DF: Siglo XXI Editores.
- Giusti, J. (1968). Rasgos organizativos en el poblador marginal urbano latinoamericano. *Revista Mexicana de Sociología*, 30(1), 53-77
- Goldrich, D.; Pratt, R.; Schuller, C. (1967). The political integration of lower-class urban settlements in Chile and Peru. *Studies in Comparative International Development*, 3(1). 3-22.
- Hoffer, E. (1966) *The True Believer*. New York: Harper and Row.
- Jajamovich, G. (2015). Entre la planificación urbana y las ciencias sociales: la Comisión de Desarrollo Urbano y Regional de CLACSO (1967-1973). *Estudios Sociales Contemporáneos*, 8, 163-177.
- Kornhauser, W. (1959). *The politics of mass society*. Nueva York: The Free Press.
- Kozak, D. (2016). John F.C. Turner y el debate sobre la participación popular en la producción de hábitat en América Latina en la cultura arquitectónico-urbanística, 1961-1976. *Urbana*, 8(3), 49-68.

- Lenski, G. (1954). Status crystallization: a non-vertical dimension of social status. *American Sociological Review*, 19, 405-413.
- Lipset, S. (1963). *Political man*. Nueva Jersey: Anchor Books.
- Mac-Donald, J. (1982). *25 años de vivienda social: la perspectiva del habitante*. Santiago: CPU.
- Marris, P. (1963). A report on urban renewal in the United States. En Duhl, L. (Ed.) *The urban condition: people and policy in the metropolis*. Nueva York: Basic.
- Monti, A. (2016). Más que un experto. El rol de Jorge Enrique Hardoy en el desarrollo de la disciplina urbana en América Latina. *Urbana*, 8(3), 8-23.
- Morales, J. J. (2012). De los Aspectos Sociales del Desarrollo Económico a la Teoría de la Dependencia: Sobre la gestación de un pensamiento social propio en Latinoamérica. *Cinta de moebio*, (45), 235-252.
- Moya López, L. (2016). José Medina Echavarría: Una mirada sobre América Latina desde la sociología económica y la teoría (1952-1977). *Tempo Social*, 28(3), 95-116.
- Portela Júnior, A. (2012). Florestan Fernandes e o conceito de patrimonialismo na compreensão do Brasil. *Plural, Revista do Programa de Pós-Graduação em Sociologia da USP*, 19 (2), 9-27.
- Portes, A. (1969). *Cuatro poblaciones: informe preliminar sobre situación y aspiraciones de grupos marginados en el Gran Santiago*. Santiago: Prog. Sociología del Desarrollo, Universidad de Wisconsin.
- _____ (1970a). Leftist radicalism in Chile: a test of three hypotheses. *Comparative Politics*, 2(2), 251-274.
- _____ (1970b). Los grupos urbanos marginados: nuevo intento de explicación. *Aportes*, 18, 131-147.
- _____ (1971a). On the logic of post-factum explanations: the hypothesis of lower-class frustration as the cause of Leftist radicalism. *Social Forces*, 50(1), 26-44.
- _____ (1971b). On the interpretation of class consciousness. *American Journal of Sociology*, 77(2), 228-244.
- _____ (1971c). Political primitivism, differential socialization, and lower-class Leftist radicalism. *American Sociological Review*, 36(5), 820-835.
- _____ (1972a). Rationality in the slum: an essay on interpretative sociology. *Comparative Studies in Society and History*, 14(3), 268-286.
- _____ (1972b). Status inconsistency and lower-class Leftist radicalism. *The Sociological Quarterly*, 13(3), 361-382.
- _____ (1979). Housing Policy, Urban Poverty, and the State: The Favelas of Rio de Janeiro, 1972-1976. *Latin American Research Review*, 14(2), 3-24.
- _____ (2004). La sociología en el continente: convergencias pretéritas y una nueva agenda de alcance medio. *Revista Mexicana de Sociología*, 66(3), 1-37.

- Portes, A.; Browning, H. (Eds.) (1976). *Current perspectives in Latin American urban research*. University of Texas – Institute of Latin American Studies.
- Portes, A.; Haller, A.; Sewell, W. (1968). Professional-executive vs. farming as unique occupational choices. *Rural Sociology*, 33 (2), pp. 153-159.
- Quijano, A. (1972). La constitución del mundo de la marginalidad urbana. *EURE*, 5(2), 89-106.
- Rinke, S. (2013). *Encuentros con el yanqui: norteamericanización y cambio sociocultural en Chile. 1898-1990*. Santiago: Dibam - Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Santa María, I. (1973). El desarrollo urbano mediante los “asentamientos espontáneos”: el caso de los “campamentos” chilenos. *EURE*, 7, 103-122.
- Schmitt, K.; Burks, D. (1963). *Evolution or chaos. Dynamics of Latin American government and politics*. Nueva York: Prager.
- Toch, H. (1965) *The Social Psychology of Social Movements*. Indianapolis: Bobbs-Merrill.
- Turner, J.F.C. (1966). *Uncontrolled urban settlements: problems and policies*. Seminario Inter-regional sobre políticas de desarrollo y planeamiento en relación a la urbanización. Universidad de Pittsburgh.
- _____ (1968). Housing priorities, settlement patterns, and urban development in modernizing countries. *Journal of the American Institute of Planners*, 34, 354-363.
- Wright Mills, C. (1961). *La imaginación sociológica*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.